

AUTORES S. XX

Borges y la traducción (III)

Por Marietta Gargatagli

En «Omar Jayám y Fitzgerald» asoman algunas de las ideas literarias que dieron forma a la poética de Borges: la inconsistencia del concepto de *inspiración*; la escritura entendida como *producción*, como *poesie* y no como *invención*; la traducción identificada con la creación. Dice Borges:

La diferencia entre ambos textos es la que sigue: las estrofas de Omar Jayám son entidades sueltas, no reunidas por otro entrelazamiento que el de su origen común y sucediéndose al acaso del orden alfabético de las rimas. La versión de Fitzgerald es un poema, esto es, una entidad en la que el tiempo late fuertemente, apasionando la contemplativa quietud que —al decir certero de Hegel— caracteriza el arte oriental.

Si no entendemos mal, Borges piensa que Edward Fitzgerald tomó una materia en bruto («entidades sueltas») y las convirtió «en un poema» en el que «la contemplativa quietud» permite ver, por fin, el arte oriental. Según esta interpretación, el irlandés victoriano sería el poeta; más aún, sería el verdadero poeta oriental. La opinión deja de ser una paradoja si recordamos que el escritor argentino utiliza el concepto de *inventio* de la retórica clásica y desvinculado de la idea de originalidad que se impuso a partir del siglo XVIII. Lo nacional, como territorio esencial de la cultura, y la exaltación del *yo*, presentes en la definición de la modernidad, desmintieron antiguas verdades artísticas: que los fluidos intercambios entre las literaturas occidentales giraron alrededor del concepto de *imitación*; que esas literaturas se hicieron copiando, plagiando, traduciendo; que un poeta puede encontrar aquello que legítimamente le pertenece en otra lengua o en otros y lejanos espacios culturales. Borges, poeta de las vanguardias, eligió como escenario literario aquello que contradecía el arte de las vanguardias.

[Ver todos los artículos de esta serie](#)